

## Des-Encuentros

Ya no llegó. Tercera vez que me la hace. Y yo aquí como estúpida esperando, ansiosa de poder conversar y reconciliarnos. Ni siquiera tuvo la decencia de avisar. Me compré una blusa nueva; me dejé el pelo suelto, como le gusta; usé mi mejor perfume y un súper sexy sostén negro. Todo para agradarlo. ¡Qué patética! No entiendo qué parte de mí sigue enganchada a él; debería haberlo mandado a la cresta hace rato.

Este Café de la Paix santiaguino no es ni la sombra del de París, pero igual está lleno y yo soy la única mujer sola. Para matar el tiempo pedí un cappuccino, que ni he probado. Me miran raro. Quizás qué se imaginan, que ando buscando compañía, o peor aún, que me dejaron plantada, que es lo más humillante.

Un poco más allá hay un tipo que también está solo y hace rato que me mira. Finjo que hablo por el celular, para no sentirme tan mal. ¿Por qué no me voy, sin más? Han pasado cincuenta minutos. Y lo peor es que si apareciera en este momento, seguro que lo perdonaría, como las otras veces. No quiero, pero es más fuerte que yo. Como una adicción.

El tipo solo me mira con disimulo. Tiene lindos ojos y no parece ser un fresco o un conquistador. Se ve muy formal, afeitado, bien peinado y ordenadito. Atlético. Camisa blanca de mangas arremangadas; pantalones negros; mocasines. ¿Por qué estará solo? ¿Lo habrán plantado, como a mí? No creo, está demasiado tranquilo y no ha mirado su celular ni una sola vez. Ahora mismo siento su mirada. Me atrevo a levantar los ojos por un par de segundos y me sonrío. Una sonrisa amable. Que invita.

Sin pensarlo, me levanto, y con mi cappuccino en la mano voy hasta su mesa. Cuando estoy frente a él una voz en mi cabeza me grita: “*Pero ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?*” No sé, le contesto, y mejor cállate de una vez. Ojalá el estúpido de Raúl entrara en este preciso momento y viera que también puedo ser mirada por otro hombre.

— ¡Hola! —le digo. Me responde con un ¡hola! sonriente y me señala la silla vacía frente a él. Me siento y pongo mi vaso sobre la mesa. Mi atrevimiento me hace sentir como si no fuera yo, o estuviera representando un papel en una obra de teatro.

—Me preguntaba por qué estarías ahí sola con un café que ni siquiera has probado —me dice. Su voz suena calmada y agradable.

—Me dejaron plantada —respondo y, curiosamente, no siento vergüenza al decirlo.

—Imperdonable —dice él— pero qué suerte para mí. ¿Cómo te llamas?

Quiero mantener el anonimato. Recuerdo una escena de una película y le digo:

— ¿Cómo te gustaría llamarme?

—No sé... —se ríe— podría ser... —hace una larga pausa— ¿Amalia?

—Podría ser. Sí. Y tú... ¿quieres llamarte Esteban?

—De acuerdo —me mira, entre divertido e intrigado— ¿Y tiene reglas este juego?

—Hay que inventarlas —le digo, sorprendida de mí misma—. La primera es que no te diré mi profesión, ni mi trabajo, ni dónde vivo. Tampoco quiero saberlo de ti. Ahora tú.

—Mmm... Segunda regla: hay que responder siempre con la verdad. O no responder.

—Estoy de acuerdo —le digo. Esa regla me gusta. Lo peor de Raúl es que es mentiroso. O peor, porque usa las medias verdades, que confunden más todavía—. ¿Algo más?

—Nada más. Gana el que no viole ninguna regla. El que pierde, paga. Y ahora te sugiero que olvides ese café añejo y pidas algo más entretenido.

—Sí, creo que me vendría bien un pisco sour.

El recién bautizado Esteban llama al mesero y pide dos tragos y algo para picar.

— ¿Quién parte? —me toma un par de segundos captar que se refiere al juego.

—Parte tú —le digo.

— ¿Estás casada?

—No. ¿Y tú?

—Yo sí. Casado y con hijos.

Debería terminar aquí mismo con esto, pero me contengo. En cambio, pregunto:

— ¿Eres feliz? —justo entonces llega nuestro pedido y brindamos. Él dice:

— ¡Uf!, la respuesta a esa pregunta es muy relativa. ¿Qué es para ti la felicidad?

—Me refería a si eres feliz en tu matrimonio, pero, hablando en general, para mí es estar en paz conmigo misma, hacer lo que me gusta, sentir que apporto a la felicidad de alguien, agradecer lo que tengo, no quejarme por lo que me falta... Y vivir un amor correspondido.

—Son muchas cosas: estar, hacer, sentir... ¿Y tener? No lo veo en tu lista.

—Sí está: agradecer lo que tengo —pongo énfasis en la última palabra.

—Es verdad. Entonces, o no eres ambiciosa o puedes tener lo que quieras.

—No soy ambiciosa. Y tampoco soy feliz, si quieres saberlo —al decirlo sé que es verdad.

—Bueno, si se trata de toda esa lista y más, yo tampoco. Pero sí tengo momentos felices. Por ejemplo, cuando hago lo que me gusta, me siento bien. Supongo que eso es estar feliz.

— ¿Y qué te gusta hacer? —quiero saber.

— Me gusta nadar... jugar fútbol... ver una buena película... viajar... y tocar guitarra.

— ¿Eres cantante?

— Lo siento, eso violaría la primera regla —dice, divertido.

— Sí, tienes razón. Punto a tu favor. ¿Leer no está en tus preferencias?

—Estuvo, durante bastante tiempo. Ahora, menos. ¿Qué te gusta a ti?

—El deporte no es mi fuerte. Me gusta estar en la Naturaleza, leer, disfruto una buena conversación... también me atrae investigar y aprender cosas nuevas. ¡Ah! y bailar.

—Y el misterio, a juzgar por nuestros nombres inventados.

—No, no especialmente —me hace gracia su acotación—. Eso se me ocurrió ahora. Porque no quiero crear lazos. Estoy en un momento más bien opuesto.

— ¿Porque te dejaron plantada?

—Porque resulta que estoy en una relación adictiva que me hace mal.

—Bueno, reconocerlo ya es un avance. ¿Él no es un buen tipo?

—No es que sea malo, pero es posesivo, dominante, y le he perdido la confianza, porque sabe mentir muy bien. Casi tan bien como besar —agrego, con algo de pudor.

— ¡Ah! Tiene sus fortalezas el muchacho... —dice, con picardía.

—Sí, y él sabe. Y también conoce mis puntos débiles, y me manipula a su antojo.

—No se ve bien lo que me cuentas, Amalia. No encuentro al amor en esta historia.

¿Quieres hablar de tus puntos débiles?

—No sé, supongo que las debilidades vienen de las carencias. Quizás él necesita que lo amen, igual que yo, y seguimos enganchados por la necesidad y no por el amor.

—Eso tiene sentido. La necesidad crea dependencia y miedo: a la soledad, por ejemplo. O a perder el estatus y la vida social. Ni qué decir del miedo a los cambios, al qué dirán, y tantos más.

—No se puede ser feliz si se vive con miedo, ¿no crees? —pregunto.

—Depende. Cuando uno se acostumbra ya no se siente, se diluye en la rutina. Y luego te conformas. Si tienes libertad de moverte, sin que te estén controlando, no está tan mal.

—Hasta que te enamoras —asevero— ¿Tú has estado enamorado alguna vez?

—Por supuesto. Más de una vez. ¿Y tú?

—Sí. Pero no quiero hablar de eso. Es demasiado importante para mí.

—De acuerdo —acepta de inmediato.

— ¿Algún consejo para terminar con mi adicción? —pregunto.

—El mismo que para todas las adicciones: cortarlo de raíz. La vas a sufrir un tiempo, pero después te sentirás como nueva. Vale la pena, créeme. Pero tienes que dejarlo completamente. Ni hablarse, ni verse, ni enviarse mensajes. Nada. ¿Crees que puedes?

—No te imaginas cuántas veces lo he intentado. Y vuelvo a caer en lo mismo. Pensé en irme lejos por un tiempo, pero es difícil, tendría que dejar mi trabajo y cambiar muchas cosas.

—Habla con él. Dile que ya no lo amas; que conociste a alguien. Si quieres, podemos encontrarnos aquí mismo y te aseguras de que nos vea juntos. Así creerá que es verdad.

—A lo mejor lo intento, no es mala idea. Sí, sería mentir, pero yo nunca le he mentado y él sí. Una mentirilla me puedo permitir. ¿Harías eso por mí? ¿Por qué?

—Claro, vengo mucho a este Café, no me cuesta nada. Y porque tienes un lindo nombre —dice, con su sonrisa encantadora.

— ¿Puedes mañana, a esta misma hora? —yo misma me asombro de mi osadía.

— Sí. Aquí estaré. No te dejaré plantada... Amalia.

—Ganaste uno a cero —le digo, y llamo al mesero para pagar yo la cuenta. Él protesta, pero así es el juego. Me paro y camino hacia la puerta, sintiendo una especie de alegría nueva. Pero la voz dentro de mi cabeza despierta y empieza a recriminarme: “*No debiste hacer eso. Le contaste tu vida a un perfecto desconocido ¡Qué vergüenza!*”. Y me echa a perder un poco la buena onda.

Mientras voy manejando, suena la entrada de un mensaje en mi celular. Es de Raúl. Mensaje de voz. En el siguiente semáforo me pongo los audífonos y escucho:

*“No entiendo qué pretendes. Llevo casi dos horas esperándote. Fuiste tú la que quiso que nos juntáramos. Si te arrepentiste podías por lo menos haber avisado. Ahora me voy.”*

— ¿¿Quéééé?? —casi grito— ¿¿Cómo tan... cara de raja?? Un bocinazo me hace ver que la luz cambió a verde. Parto con un salto y vuelve a sonar la alerta del teléfono. Me estaciono en la siguiente bomba de bencina. Es Raúl otra vez. Un mensaje y una foto. El mensaje dice: *“Por si no me crees”*. Y en una *selfie* aparece él frente a la entrada del Café. Me quedo mirando la foto y no sé si reír o llorar. El pobre Raúl me esperó ¡dos horas! Y no me dejó plantada. Debería llamarlo y explicarle.

*“¡No lo hagas!”* me dice mi voz sabelotodo, que ahora se parece a la de Esteban.

Respiro profundo, y mientras conduzco las pocas cuadras que faltan para llegar a mi casa, trato de controlar la ya conocida avalancha de emociones.

De pie frente a mi cama me saco la blusa nueva y el sostén negro, los tiro sobre la silla y me pongo una cómoda polera vieja. Me amarro el pelo, tomo el teléfono y escribo:

*“Raúl, lo siento, hubo un malentendido, pero prefiero que no nos veamos más. Es definitivo. Voy a bloquear tu número.”* Ni saludos, ni emoticones. Y lo bloqueo.

Propuse el Café de la Paix porque era simbólico: al final, se trataba de hacer las paces. Le pregunté: “¿Lo conoces?” Y me dijo que sí.

¿Cómo podía imaginarlo? Vuelvo a mirar su *selfie* y el letrero a sus espaldas, que dice, en grandes letras y con el mayor descaro: “CAFÉ de la P”.